

Discursos del Rector

"CIEN MUJERES POR LA VIDA Y LA DIGNIDAD NACIONAL" II

Palabras del Dr. Gustavo García de Paredes, Rector de la Universidad de Panamá, presentación del libro **Cien mujeres por la vida y la dignidad nacional**, Paraninfo Universitario, 19 de abril de 2007, 6:00 p.m..

El Doctor Miguel Ángel Candanedo, en el acto de presentación de las **Cien mujeres por la vida y la dignidad nacional**, hecho que tuvo lugar el 8 de marzo de 2004 se refirió al centenar de mujeres del siglo XX, todas vivas en ese momento, seleccionadas para integrar este volumen; y se refirió a ellas en relación directa con sus predecesoras.

Mencionó a Amelia Denis de Icaza, a María Olimpia de Obaldía, a Clara González, a Aminta Meléndez, a Gumercinda Paéz, a Martha Matamoros, a Sara Sotillo, a Otilia Arosemena de Tejeira, a Georgina Jiménez, a Esther María Osses, a Reina Torres, entre otras; es decir, a decenas de mujeres nacidas en este país, cuyas vidas constituyeron ejemplos de trabajo, disciplina, pasión, amor por su país y responsabilidad ciudadana.

Mujeres, todas corrientes y comunes, con múltiples defectos e imperfecciones, como humildemente afirma la Dra. Ana Raquel Vásquez de Palau las cuales contribuyeron, cada una desde sus respectivos ámbitos y disciplinas, querencias e intereses, a mejorar la calidad de vida de sus congéneres; a construir sueños, a dignificar el género de su pertenencia, a configurar la identidad nacional.

En este libro no están todas las panameñas que deberían estar. La Dra. Carmen Miró es muy clara al señalar el criterio de selección: de 300 de la primera lista hubo que escoger únicamente a 100.

Poetas y políticas, educadoras y abogadas, científicas e investigadoras, médicas y enfermeras, artistas y artesanas, técnicas e intelectuales, dirigentes obreras y campesinas, religiosas y agnósticas, reflexivas y contestatarias, pero sobre todo mujeres imbuidas de amor por la humanidad, mujeres que constituyen por el resultado de sus ejecutorias ejemplos dignos de ser reconocidos en actos públicos como éste; pero más que eso: dignas de ser imitadas por las generaciones emergentes, sin importar el género al que pertenezcan, es decir, por hombres y mujeres.

Y digo esto porque siempre he creído, tal y como lo he manifestado en otras ocasiones, que la presencia y participación de las mujeres en los procesos sociales, económicos, políticos y culturales del mundo, de América Latina, y particularmente de Panamá, nos ayudaría no sólo a interpretar mejor la historia humana sino a encontrar como quien lo encuentra en un río subterráneo el espíritu de solidaridad encerrado en el corazón de toda mujer cuando se identifica con su propia naturaleza.

La historia oficial, machista, sesgada, cuyo énfasis recae en las acciones de violencia protagonizada por los hombres en su rol de guerreros y conquistadores, desconoce peligrosamente el papel esencial de las mujeres generalmente encubierto y casi invisibles en los procesos de humanización, pacificación, adcentamiento estructural, construcción de ámbitos de convivencia y avenimiento de los seres humanos.

La historia debiera ser mucho más que el registro de las acciones de exterminio emprendidas por los seres humanos. Debería también recoger las acciones encaminadas a alcanzar la paz, la comunicación y el entendimiento.

En este ámbito en el de la paz, en el de la inclusión, en el de la democracia participativa las mujeres siempre han jugado tal vez desapercibidamente los roles más importantes. Y deben seguir jugándolo, cada vez con más énfasis, en el futuro inmediato. La supervivencia del planeta las obliga hoy más que nunca a involucrarse en las tareas relacionadas con la sostenibilidad del medio ambiente, la preservación de los recursos naturales, el desarme, el cese de los conflictos fronterizos, la cancelación del saqueo internacional y la promoción de la paz mundial.

Creo que las luchas feministas no se agotan únicamente en la demanda de derechos y responsabilidades similares a la de los hombres.

Ese, a mi juicio, sería el camino fácil, porque si no es enriquecido con nuevas ofertas podría transformarse en una igualdad de más de lo mismo.

La cuestión ahora sería no tanto imitar al hombre en aquellas cosas poco constructivas y edificantes de su liderazgo histórico sino involucrarse en la construcción de nuevos ámbitos de convivencia basados en los valores que mejor la definen: integridad, amor, solidaridad, templanza, paciencia, perseverancia y paz.

Al respecto, recuerdo que en 1982 las europeas pacifistas crearon el Día Internacional de las Mujeres por la Paz y el Desarme en memoria de sus congéneres británicas opuestas a la OTAN. Estas mujeres siguen activas y hoy se oponen a la guerra en Irak. Se oponen a la guerra en

Afganistán. Vinculadas a ellas una caravana de mujeres pacifistas estadounidenses recientemente se trasladó hasta Irak para solidarizarse con las víctimas.

Lo que quiero decirles es que en diversas partes del globo terrestre las mujeres se movilizan para decir no a la guerra. Acá muy poco se sabe de lo que hacen esas militantes pacifistas. Pero está ocurriendo. Y yo sé, sin necesidad de ser profeta, que la vida prevalecerá en el planeta si la mitad de la humanidad, que son mujeres, se organizan para defender la vida.

La lucha actual de las mujeres más que la acumulación cuantitativa de prerrogativas reclama un salto de calidad en función, precisamente, de la existencia humana. Ejercitada para la vida, no para la muerte, su compromiso ahora es ayudar a las futuras generaciones a sortear los peligros de la extinción.

Amigos todos:

Las mujeres reseñadas en este libro son de esa estirpe. Actúan en escenarios distintos. Asumen los retos de su tiempo y de su entorno. Representan la continuidad de un compromiso que no tiene fronteras. Dan por su país y por la humanidad el mejor de sus esfuerzos. En nombre de la Universidad de Panamá me honró en honrar a estas cien panameñas **por la vida y la dignidad nacional**.